Lectores, Libros, Vida

Una somera clasificación de los hombres podría ser: los que no pueden vivir sin libros, y los que viven tranquilamente sin ellos. La idea de la soledad resulta para éstos insoportable; para aquéllos, mientras dispongan de libros a su alcance, tal condición es magnífica; lo que les aburriría sería no disfrutar de la soledad con la cual les sea posible seguir leyendo sin interrupciones. Algún misántropo lector llegará a decir que hay personas que te quitan la soledad y no te dan la compañía.

Puestos a clasificar, cabe distinguir —ya en el apartado de los amantes de la lectura—, a los que podríamos llamar lectores de un solo libro (se cuenta si Pascal era uno de ellos), quienes se manifiestan muy firmes en sus ideas, pero carentes de flexibilidad de espíritu; y en el otro extremo hallamos a los que, dominados por una insaciable curiosidad, se procuran todo género de libros, llenando su biblioteca con los más diversos temas, con la insensata esperanza de que podrán leerlos algún día, aunque si hicieran un cálculo de posibilidades, llegarían a la conclusión de que para leerlos todos, su vida tendría que ser matusalénica. Presintiéndolo, recurren a un impaciente diletantismo: empiezan diez libros a la vez, sin terminar ninguno; pues ya se sienten atraídos por otros recién publicados, llenos de sugestiva novedad. Más que frenar su intemperancia, preferirían que no se publicasen tantos, cuya avalancha les aturde. No es extraño que no quieran releer ninguno, habiendo tantos que aguardan turno... Huelga decir que tales lectores lo hacen todo menos leer, si es que entendemos esta función en su verdadero sentido de pensar y reflexionar "uno mismo" con la ayuda del texto.

Si con los libros intentamos formar una cultura, surge el conflicto de que la memoria no siempre se ensancha en proporción de la cantidad de textos leídos —ya se sobreentiende que no nos referimos a lecturas de pasatiempo—. Puede que sean comprendidos al momento de leerlos o estudiarlos, o que nos hagamos tal ilusión. Pronto nos damos cuenta de las lagunas de nuestra memoria si intentamos recapitularlos. La biblioteca tiene que sustituir, entonces, la memoria que nos falla. ¿En qué queda en tal caso nuestra cultura, si lo principal de sus fuentes se remonta a un pretérito lejano? Queda en este mismo depósito de libros que guardamos celosamente, mientras vaya acompañado de un oscuro instinto orientador que nos lleve a encontrar en ellos, aunque sea de modo vacilante, el capítulo o el fragmento en donde figura la cuestión olvidada; pues en el fondo no lo está del todo, ya que al menos recordamos que por allí existe lo que no recordamos. Tal orientación ya constituye un campo de cultura. Siendo así que nuestros libros —y si los tenemos subrayados, mejor— pasan a ser parte integrante de nosotros mismos. La pérdida de un libro (cuando el amigo no nos devuelve el que le prestamos) no se reduce a perder una "cosa": la pérdida es personal. Conservar bien ordenada una biblioteca es conservarnos a nosotros mismos en la propia categoría cultural. El hombre es él... y su biblioteca.

El amor a los libros debería estar en función del amor a la vida. Saber... para vivir mejor. Una cultura que no sirviera a la vida, a nuestra efectiva realidad existencial, ¿no quedaría reducida a un vano juego, a un opio alienador? Vivir para leer, ¿no suena a aberración? Claro que es difícil de

distinguir lo que hay de función vital en el ejercicio de la inteligencia, y de función intelectual en nuestro cotidiano vivir. Posiblemente hay de todo, y así debe ser. En ambos casos existe la amenaza de una ruptura del equilibrio, lo que sería asunto lamentable, pues ni vive plenamente el que no lee, ni puede entender la realidad quien solo vive de letra impresa. A. C.

«Wozzeck» representada por «La Tartana»

El grupo "La tartana" se enfrentó con los diversos aspectos que presenta la obra de un modo muy original. En primer lugar, solucionó el problema de los contínuos cambios de escena por medio de la cortina baja, pero con una intención distinta a la de la cortina brechtiana, ya que delante de ella se representaron escenas con decorado, como las del cuartel o la de la feria. Los elementos decorativos (a cargo de Joan Blanchar), fueron colocados a la vista del público que mostró su extrañeza ante ello; no cabe duda de que esta extrañeza era un efecto buscado por el director con el fin de enfriar el relato y mantener al público distanciado, es decir, para que ante la historia de Wozzeck usara más de la razón que de los sentimientos, todo según las normas de Brecht. Ahora bien con frecuencia los cambios de decorado fueron más lentos que las escenas subsiguientes, por lo que la obra perdía su ritmo interior. Los decorados, de una gran sencillez, fueron, sin duda, uno de los elementos más conseguidos de toda la función, y merece citarse el de la fachada de la casa de Wozzeck y María, o el de la barraca de la feria. Las cortinas tuvieron además otra función específica en tres ocasiones: como "puerta", cuando María deja entrar al Tambor mayor en su casa; y, más significativamente, en la segunda escena, del bosque, al sugerir la presencia del capitán en la mente aterrorizada de Wozzeck por los espíritus,y, finalmente, al terminar la obra, cuando las cortinas representan el "lago", en que se lava Wozzeck.

En cuanto a la interpretación del texto de Büchner, tanto la dirección como los actores, se entregaron con un entusiasmo admirable a estudiar frase por frase toda la obra, que es un condensado apretadísimo de ideas, de intuiciones poéticas y de momentos dramáticos. Pocas veces he visto una entrega tan decidida de un grupo a la comprensión de un texto, por parte de todos y de cada uno de los actores, del primero al último. Esto, naturalmente, dio sus frutos: piénsese, por ejemplo, en la genialidad de Büchner al poner en boca de María una "cançó de bressol", que no va dirigida al niño, sino a ella misma.

* * *

María (Rosa Cabré) supo comunicar al público esta intuición con gran sensibilidad; mantuvo su raíz de víctima femenina a través de toda su rica formulación dramática, y tuvo su máximo acierto en el pasaje de la lectura de la Biblia.

El Capitán, que por su figura y caracterización daba perfectamente el personaje, hubiese tenido que decantarse más a la parodia y la farsa, y lo mismo puede decirse del pregonero de la feria (J. Borrell); en cambio, sí lo hicieron, en sus respectivos papeles, el Médico (E. Melich), y el propietario de la barraca (E. Aguadé), y, desde